

Perdone vd. repuso Perico; sabe muy bien que vd. está mas miserable que Job: no puede ignorarlo despues de lo que le tengo dicho; pero pierda vd. cuidado, que yo tengo arbitrio para todo. Conozco á un pícaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento: vd. le hará ante escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vd. deducido el interes. En órden á la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán ustedes disputa.

El capitan aseguró que siempre que lograrse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el dia siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto, se verificó que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió quantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos, y se volvió á su pais con algunos doblones que le habian quedado.



CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A donde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.



E habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes allí me parecian desnudos de aquel resplandor en que otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneándome por aquellas galerias, haciendo como otros muchos, un papel bastante ridículo, ví á Fabricio, á quien habia dejado en Valladolid sirviendo á un administrador de hospital. Lo que me admiró en extremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia y el marques de Santa-Cruz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oírle; ademas de esto él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia á mí mismo: ¿Será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede que sea algun jóven cortesano que se le parezca. No tardé mucho en salir de la duda; idos los señores, me acerqué á Fabricio, que conociéndome inmediatamente me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar con él por medio del gentío para salir de las galerias, me dijo abrazándome:—Mi amado Gil Blas, mucho me alegro verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la corte? ¿En qué estado tienes tus asuntos? Dame cuenta de todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid.—Muchas cosas me preguntabas á un tiempo, le respondí; y el lugar donde estamos no es á propósito para contar aventuras.—Tienes razon, me dijo, mejor estaremos en mi casa; vénte conmigo, que no está lejos de aquí. Estoy independiente, alojado en buen parage y con muy buenos muebles, vivo contento y soy feliz, pues que creo serlo.

Accepté el partido, y acompañé á Fabricio, quien me detuvo al llegar á una casa de bella fachada, en la que me dijo vivia. Atravesamos un patio que tenia por un lado una gran escalera que conducia á unos aposentos soberbios, y por el otro una subida tan oscura como estrecha, por donde fuimos á la vivienda que me habia ponderado, la cual se reducía á una sala, de la que mi ingenioso amigo habia hecho cuatro separadas con tablas de pino, sirviendo la primera de antesala á la segunda, en donde dormia, la tercera de despacho, y la última de cocina. La sala y antesala estaban adornadas de mapas y papeles de conclusiones de filosofia; y los trastos que correspondian á la colgadura, consistian en una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de sarga amarilla guarnecidas con una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con piés dorados cubierta de un cordoban que parecia haber sido encarnado y ribeteado con una franja de oro falso que se habia vuelto negro con el tiempo, y un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. En su despacho tenia por escritorio una mesita; y su biblioteca se componia de algunos libros y muchos legajos de papeles que tenia en tablas puestas unas sobre otras á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia á lo demas, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dado tiempo de mirar bien su habitacion, me dijo:—¿Qué juicio formas de mi equipage y de mi vivienda? ¿No te ha encantado verla? A fé mia que sí, le respondí sonriéndome: debes hacer bien tu negocio en Madrid para estar tan bien provisto. Sin duda tienes algun buen empleo.—El cielo me guarde de eso, me replicó: el partido que he tomado es superior á todos los empleos. Un sugeto de distincion, de quien es esta casa, me ha dejado una sala, de la que he hecho cuatro piezas que he alhajado como ves: á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada.—Háblame con mas claridad, le dije, porque avivas mi deseo de saber lo que haces.—Pues bien, me dijo, voy á complacerte: me he metido á ser autor, me he dedicado á la literatura, escribo en verso y prosa, y hago á pluma y á pelo.

—¡Tú favorito de Apolo! exclamé riéndome. Eso es lo que jamas hubiera adivinado; menos me sorprenderia verte dedicado á otra cualquiera. Y ¿qué atractivo has podido hallar en la profesion de poeta? porque me parece que á semejantes gentes las desprecian en la vida civil, y que no son las mas ricas.—¡Oh! quítate allá, replicó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desecho de los librereros y de los cómicos. ¿Será de estrañar que no se estimen semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo en otro concepto; y yo puedo decir sin vanidad que soy de este número.—



No lo dudo, le dije, tú eres un mozo de gran talento, y así tus composiciones no pueden ser malas; pero lo único que deseo saber y me parece digno de mi curiosidad es, cómo te ha dado la manía de escribir.

—Tu admiracion es fundada, dijo Nuñez. Estaba tan contento con mi suerte en casa del Señor Manuel Ordoñez, que no deseaba otra; pero haciéndose mi ingenio superior poco á poco como el de Plauto á la servidumbre, compuse una comedia que hice representar á unos cómicos que estaban en Valladolid. Aunque no valia un pito, fué muy aplaudida, de lo que inferí que el público era una vaca mansa de leche, que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflexion, y la locura de componer nuevas piezas, me hicieron dejar el hospital. El amor á la poesía me quitó el de las riquezas; y para adquirir buen gusto, determiné venir á Madrid, como á centro de los ingenios. Me despedí del administrador, que, como me amaba tanto, sintió bastante mi resolucion, y me dijo:—Fabricio, ¿por qué quieres dejarme? ¡Acaso te habré dado, sin pensarlo, algun motivo de disgusto?—No señor, le respondí, vd. es el mejor de todos los amos, y estoy muy agradecido á sus favores; pero bien sabe que cada uno debe seguir su estrella. Me contemplo nacido para eternizar mi nombre con obras de ingenio.—¡Qué locura! me replicó aquel buen amo; ya estás connaturalizado con el hospital, y eres la cantera de donde se sacan los mayordomos, y aun los administradores. Si quieres dejar lo sólido para pasar el tiempo en fruslerías, el mal es para tí, hijo mio.

Viendo el administrador cual inútilmente combatia mi designio, me pagó mi salario, y en reconocimiento de mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados, de modo que con esto, y lo que habia podido juntar en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me ví en estado de presentarme decentemente en Madrid, lo que no dejé de hacer; aunque los escritores de nuestra nacion no cuidan mucho del aseo. Inmediatamente hice conocimiento con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra, y los demas célebres autores; pero con preferencia á estos dos grandes hombres; elegí para preceptor mio á un jóven bachiller cordobés, al incomparable Don Luis de Góngora, el ingenio mas brillante que jamas produjo España, el cual no quiere que sus obras se impriman mientras viva, y se contenta con leérselas á sus amigos. Lo que hay de particular, es que la naturaleza le ha dotado del raro talento de manejar con acierto todo género de poesías: sobresale principalmente en las composiciones satíricas, que son su fuerte. No es como Lucilio, un torrente turbio, que arrastra consigo mucho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

¹ Poeta satírico que nació en Suesa el año 147, y murió en Nápoles el 103 antes de la era cristiana. Es considerado como inventor de la sátira entre los latinos, y á quien imitaron despues Horacio, Persio y Juvenal. Horacio le compara á un rio que en su curso arrastra arenas preciosas envueltas en lodo.

—Tan buena pintura me haces de ese bachiller, le dije á Fabricio, que no dudo que una persona de tanto mérito tenga muchos envidiosos: —Todos los autores, respondió él, tanto buenos como malos, le muerden; uno dice que le gusta el estilo hinchado, los conceptillos, las metáforas y las trasposiciones.—Sus versos, dice otro, se parecen en lo oscuro á los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes salios, y que nadie entendia. Tambien hay quien le censure de que tan presto hace sonetos ó romances, y tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente se hubiera propuesto deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se embotan dando contra una musa apreciada de grandes y pequeños.

Tal es el maestro con quien hice mi aprendizaje, y me atrevo á decir sin vanidad que le imito; habiéndome bebido de tal modo su espíritu, que ya compongo trozos sublimes que no los juzgaria indignos de sí. A ejemplo suyo voy á vender mi mercancía á la casa de los grandes, en las cuales soy muy bien recibido, y en donde hallo gentes que no son muy descontentadizas. Es verdad que mi modo de recitar es halagüeño, lo que no daña á mis composiciones. En fin, muchos señores me estiman y sobre todo vivo con el duque de Medinasidonia, como Horacio vivia con Mecenas. He aquí, prosiguió, de qué modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á tí te toca ahora contar tus victorias.

Entonces tomé la palabra; y suprimiendo todo aquello que me pareció no ser del caso, le hice la relación que me pedia; despues de la cual se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino exquisito, y nos sentamos á la mesa con aquella alegría propia de dos amigos que vuelven á encontrarse despues de una larga separacion.—Ya ves, me dijo, mi vida libre é independiente. Si quisiera seguir el ejemplo de mis compañeros, iria á comer todos los dias en casa de las personas distinguidas; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Aristipo; pues tan contento estoy con el trato de gentes como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Nos supo tan bien el vino, que fué menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones, y al instante buscó entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis; pero á pesar del sainete de la lectura, me pareció tan oscuro que nada pude comprender. Conociólo, y me dijo:—Esté soneto no te ha parecido muy claro; ¿no es así? Le confesé que hubiera querido algo mas de claridad. Echóse á reir de mí, y prosiguió: Lo mejor que tiene este soneto, amigo mio, es el no ser inteligible. Los sonetos,



las odas y las demas obras que piden sublimidad, no quieren estilo sencillo y natural; antes bien en la oscuridad consiste todo su mérito. Con que el poeta crea entenderlo es bastante.—Tú te burlas de mí, interrumpí yo: todas las poesías, sean de la naturaleza que fueren, piden juicio y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas claridad que tú, te confieso que decae mucho en mi opinion: es un poeta que, cuando mas no puede engañar sino á su siglo. Véamos ahora tu prosa.

Enseñóme un prólogo que me dijo pensaba poner al frente de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo, y me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dije, que tus versos. El soneto es una algaravía; en el prólogo hay espresiones demasiado estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es estravagante, y muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores.—¡Pobre ignorante! exclamó Fabricio: ¿no sabes tú que todo escritor en prosa que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas espresiones equívocas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis novadores animosos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hemos de conseguir, á pesar de Lope de Vega, de Solís, de Cervantes, y de todos los demas ingenios que critican nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte gran número de sugetos distinguidos, y hasta teólogos contamos en nuestro partido.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos mas apreciables que aquellos escritores sencillos que se esplican en el lenguaje del comun de los hombres. No sé por qué merecen el aprecio de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Atenas y en Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dijo á Alcibiades que el pueblo era un maestro escelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa: aquí tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se esplican de un modo diferente que el pueblo. En fin, desengáñate, que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gallardía de nuestra diction á la bajeza de la suya. Ellos dirian por ejemplo llanamente: *los intermedios hermosean una comedia*. Y nosotros con mas gracia decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia*. Observa bien este *hacer hermosura*: ¿percibes tú toda la brillantez, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendolo interrumpido á mi novador con una carcajada, le dije:—Vete al diablo, Fabricio, con tu lenguaje culto: tú eres un estrafalario.—Y tú, con tu estilo natural, repuso él, eres un gran bestia. Ve, prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada: *Dile á*

mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. A Dios, Señor Gil Blas, me alegraré logre vd. todo género de prosperidades con algo mas de gusto. Repetí mis carcajadas al oír esta pulla; y Fabricio, sin perder nada de su buen humor, me perdonó el desacato con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al Prado; pero al pasar por delante de una tienda de vinos generosos nos dió gana de entrar.

A esta casa concurrían regularmente gentes de forma. Ví en dos salas diferentes á algunos caballeros que se divertían de varios modos. En la una jugaban á los naipes y al ajedrez, y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para oír que el asunto de la contienda era un punto de metafísica; porque era tal el calor y vehemencia con que hablaban, que no parecían sino dos energúmenos. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro, se hubieran visto salir demonios de sus narices.—¡Válgame Dios! dije á mi compañero: que fogosidad, qué pulmones! no parece sino que aquellos disputadores habian nacido para pregoneros. La mayor parte de los hombres yerran su vocacion.—Así es la verdad, respondió. Estas gentes descienden al parecer de Novio, aquel banquero romano, cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus altercaciones, se que atolondran los oídos infructuosamente. Dejamos á estos metafísicos gritadores, y con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habian causado. Nos fuimos á un rincon de otra sala, y habiendo bebido algunas copas de vino generoso, principiamos á ecsaminar á los que entraban y salían. Como Nuñez los conocía casi á todos, dijo:—Por vida mia que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en gran rato, pero á bien que llega tropa de refresco: estos tres que entran van á tomar parte en la disputa. Pero ¿ves esos dos sugetos originales que salen? pues la personilla morena, seca, y cuyos cabellos lacios y largos le caen en partes iguales por detras y delante, se llama Don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que la echa del elegante. El otro dia fuimos un amigo y yo á comer con él, y le sorprendimos en una ocupacion muy singular: se divertía en su estudio tirando y haciendo traer por un gran lebril los legajos de un pleito que está defendiendo, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama Don Querubin *Toto*; es canónigo de la iglesia de Toledo, y el hombre mas negado del mundo. No obstante, al ver su aire placentero, la viveza de sus ojos, su risa fingida y maliciosa, le tendrán por sabio y de gran perspicacia. Cuando

se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda, pone la mayor atencion, como si penetrara su asunto; pero maldita la cosa que entiende. Este fué uno de los convidados en casa del togado, en donde se dijeron mil chistes y agudezas, sin que á mi Don Querubin se le oyese el metal de la voz; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudía nuestros chistes daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

—¿Conoces, dije á Nuñez, á aquellos dos desgredados que están de codos sobre una mesa en el rincon, hablando tan bajo y de cerca, que parece que se besan?—No, me respondió, no los he visto en mi vida; pero segun todas las apariencias serán políticos de café que murmuran del gobierno.—¿Ves á ese caballereito galan que silbando se pasea por la sala, sosteniéndose ya sobre un pié, y ya sobre el otro? Pues es Don Agustín Moreto, poeta mozo que muestra gran talento, pero á quien los aduladores y los ignorantes le han llenado los cascos de vanidad. Aquel á quien se acerca es uno de sus compañeros, que compone versos prosaicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la musa.

Todavía hay mas autores, prosiguió, señalándome dos hombres que entraban con espada: no parece sino que se han citado para venir á pasar revista delante de tí. Ve allí á Don Bernardo Deslenguado y á Don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un sugeto de mala índole, un autor que parece ha nacido bajo el signo de Saturno, un mortal maléfico, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á Don Sebastian, es un mozo de buena fe, autor muy concienzudo. Poco hace que dió al teatro una comedia que ha gustado en extremo, y por no abusar mas tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar esplicándome las diferentes figuras del cuadro variable que teníamos á la vista, cuando vino á interrumpirle un gentil-hombre del duque de Medinasidonia, diciéndole:—Señor Don Fabricio, vengo en busca de vd., para decirle que el duque mi señor quisiera hablarle, y espera á vd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran Señor no hay priesa que baste, me dejó al momento por ir á ver lo que queria su Mecenas, y yo quedé muy admirado de haber oido tratarle de *don* y de mirarle así convertido en noble, á pesar de ser su padre maese Crisóstomo el barbero.